

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO

No encuentro palabras para expresar adecuadamente mi agradecimiento a la Conferencia de Liderazgo de Mujeres Religiosas por su decisión de asociarme de esta manera especial con su extraordinario ministerio de liderazgo, no sólo para religiosas, sino para toda la Iglesia y el mundo al que la Iglesia está misionada. Maravillosa como lo es esta ocasión, sin embargo sería ingenuo pretender que la reunión de este año de LCWR es simplemente un “acontecimiento anual.” Como lo dijo su presidenta, la Hermana Pat Farrell al abrir la reunión, “ésta es una reunión como ninguna otra.”

Fue sólo un par de semanas después de haber recibido la llamada de Janet Mock informándome sobre este reconocimiento cuando la Congregación vaticana para la doctrina de la fe lanzó un sorprendente ataque que aturdió a sus dirigentes y abrumó a muchos congregantes de la Iglesia así como a personas no afiliadas.

No quiero minimizar la gravedad y hasta el peligro de esta penosa situación a la que nuestras líderes se han estado enfrentando estos últimos días; mucho menos encubrir el verdadero escándalo que ha causado. Sin embargo, en el contexto de la reunión de esta noche, que a pesar de todo, es para celebrar su extraordinaria historia, vida y actual vigor y el futuro libre y lleno de esperanza para nuestro presente y nuestro futuro, quiero enfocarme en algo que considero más importante para nuestro presente y futuro y que es infinitamente más digno de nuestra atención. Sin negar los muy reales problemas sociológicos, psicológicos y políticos involucrados que varios profesionales nos han señalado durante estos últimos meses, en este jubileo de oro de Vaticano II me gustaría enfocarme en el problema medular de esta lucha y de otras más que en este momento preocupan a nuestra Iglesia: *el liderazgo eclesial en el contexto de la teología de Vaticano II.*

El leitmotiv del Concilio fue la naturaleza y misión de la Iglesia. El Concilio reconoció que si la Iglesia iba a ser para el mundo moderno lo que estaba llamada a ser, el Cuerpo de Cristo al Servicio del mundo al que tanto Dios amó que dio a su Único Hijo para su salvación, entonces la comprensión de sí misma de la Iglesia, sus estructuras, procedimientos y relaciones requerían un profundo *aggiornamento*, tanto en reforma como en renovación. Los documentos más importantes surgidos del Concilio fueron sobre la divina revelación [*Dei Verbum*] que es el fundamento de la Iglesia y de su vida y cuya mediación en el mundo es la principal vocación y responsabilidad de la Iglesia; la naturaleza de la Iglesia [*Lumen Gentium*] expresada y celebrada en la liturgia [*Sacrosanctum Concilium*] y vivida en su misión en el mundo de hoy [*Gaudium et Spes*]; libertad religiosa [*Dignitatis Humanae*] que permite a las personas participar personalmente en la revelación, participar en la vida interna de la Iglesia y asumir la responsabilidad de su misión como seres humanos adultos llamados a compartir la vida de Dios y a promover la relación de la Iglesia en mutualidad con todas las personas, incluyendo a los cristianos no católicos, a personas de otras tradiciones espirituales [*Unitatis Redintegratio, Nostra Aetate*], e incluso a los no creyentes. Entonces, quiero concentrarme por un momento en la teología de la Iglesia, su identidad y misión, con el fin de plantear la cuestión de qué tipo de liderazgo necesita la Iglesia en este momento de crisis.

El Concilio nos remitió a las raíces de la eclesiología en el Antiguo Testamento, a la teología de la Iglesia como peregrina – esto es, aún en camino – Pueblo de Dios, creado a imagen y semejanza de Dios como hombre y mujer en pie de igualdad participando juntos en la responsabilidad propia de Dios para la creación misma, incluyendo a la familia humana en su peregrinar histórico en este mundo hacia la Nueva Jerusalén. En el Nuevo Testamento en el que el Pueblo Elegido fue llamado a profundizar en el misterio de Dios, llamado a ser no sólo “la luz de las naciones” (ver Is.42:1-9; Lc 2:29-32; Mt. 12:15-21; Hech. 26:18-23), sino el verdadero Cuerpo de Cristo, la presencia de Jesús Resucitado que actúa en el mundo para su salvación (ver Ef. 4 y Ro. 12:3-8).

Dios, en la persona de Jesús, representó para nosotros lo que esta obra salvífica debería de ser. En Jesús contemplamos la paradójica relación de Dios, el Creador todo Poderoso, con el

Agosto 10, 2012

St. Louis, Missouri

poder. Jesús no vino a ejercer poder coercitivo sobre los pecadores recalcitrantes para moldearlos a la fuerza según un plan divino abstracto de perfección moral. Jesús ni siquiera fundó una familia de la que habría sido, en su cultura, la cabeza patriarcal con autoridad absoluta. Ni buscó ni aceptó oficio o posición de autoridad alguna, ni poder en su comunidad religiosa de Israel. Fue llamado a ser profeta (ver Lc 4:16-21), a ejercer un ministerio espiritual no avalado por nombramiento oficial alguno, ni confirió cargo alguno que le confiriera alguna influencia institucional. Como profeta ejerció influencia únicamente con la verdad y el amor, con la autoridad de su propia integridad al dar testimonio de Dios quien lo envió. Jesús nunca recurrió a la violencia, al control del pensamiento ni a juramentos de lealtad, ni a la intimidación a través de la humillación o con amenazas de rechazo, expulsión de la comunidad de la alianza, ejecución ni condenación eterna. Por el contrario, Jesús enseñó por parábolas subversivas, con preguntas desafiantes, diálogo insistente, con paciente persuasión, repetida invitación, argumentos de sondeo y sobre todo, con sus originales y deslumbrantes interpretaciones de las Escrituras que en algunos casos fueron sorprendentes por su radicalidad, porque Jesús prefirió a la gente y a sus necesidades por sobre los requerimientos de hasta las leyes más sagradas (ver, por ejemplo Mt. 12:1-8) Interrogó y desafió tanto a las personas comunes y corrientes con las que trató, como a las autoridades de su tradición religiosa. A pesar de su naturaleza divina, se rehusó a ser cómplice en el programa de alguien que representara el papel de Dios ante los demás (ver Juan 8:1-11). Pero también permitió ser cuestionado, por ejemplo en lo que respecta a su sentido de exclusividad de la vocación de Israel. (Ver, Mr 7:24-28).

Pero finalmente, cuando fue rechazado por los líderes de su comunidad religiosa y sentenciado a muerte por el poder del Imperio Romano, aceptó su muerte en lugar de cambiar o suprimir el mensaje que había venido a ofrecer: el mensaje más radical e increíble, el mensaje del amor absoluto e incondicional de Dios por todos los seres humanos; un amor que no le sería negado ni vencido ni por el más empedernido pecador. Dios resucitó al Jesús ejecutado de entre los muertos y lo devolvió a sus seguidores a quienes los facultó para seguir siendo su salvífica presencia en el mundo, advirtiéndoles que correrían la misma suerte que Él si permanecían fieles al “escandaloso” mensaje del amor incluyente que relativiza la ley. Esta es la naturaleza y misión de la comunidad llamada Iglesia, el Cuerpo de Cristo en este

La espiritualidad del liderazgo Cristiano está determinada por el tipo de comunidad que es la Iglesia y por el tipo de misión que tiene a su cargo. La Iglesia que Jesús formó a su alrededor no es una imitación de ningún modelo secular de comunidad, y por lo tanto su liderazgo no debe imitar el ejercicio de autoridad de las estructuras de poder seculares. La Iglesia no es una monarquía por derecho divino en la que alguna persona es investida con el poder divino absoluto de Dios sobre todos los miembros. Tampoco es una democracia de voto de una sola persona en la que la verdad o hasta la política es decidida por mayoría, dejando a la minoría a valerse por sí misma. No es una oligarquía ni un gobierno de unos cuantos poderosos ya sean personas con títulos nobiliarios, militares, magnates corporativos ni clérigos instituidos. No es una plutocracia ni una oligarquía, ni una dictadura totalitaria en la que la verdad es decidida y el derecho es establecido por la fuerza bruta de los más poderosos. Ni siquiera es probablemente la mejor forma de gobierno secular que los humanos hemos ideado hasta ahora: una república en la que el poder reside en y es ejercido de manera representativa por los gobernados.

La Iglesia es una especie de comunidad única, la unión de los bautizados en Cristo formados por su Palabra que no está limitada (ver 2 Ti. 2:8-9), nunca jamás es comprendida cabalmente ni controlada por nadie – reunidos en torno a la mesa en la que compartimos el Cuerpo de Cristo para convertirnos en su Cuerpo para el mundo. Es una comunidad en la que no hay esclavos ni amos, ni superioridades nacionales o étnicas, ni dominio de género, ni inequidad que sea teológica o espiritualmente significativa excepto la santidad y en la que hasta las distinciones de papel y función no son títulos de poder, sino diferencias que deben servir a la unidad del todo. Es una comunidad en la que todos compiten por el lugar más humilde, se lavan unos a otros los pies, levantan cargas en lugar de imponerlas y viven entre sus hermanos y hermanas como los que sirven.

¿Qué tipo de liderazgo es posible y apropiado en una comunidad así, en el pueblo peregrino de Dios llamado a ser el Cuerpo de Cristo en este mundo? ¿Cuál es la espiritualidad del liderazgo que Jesús ejemplificó y enseñó entre el grupo un tanto heterogéneo de mujeres y hombres comunes y corrientes que formaron la primera comunidad cristiana? ¿Cómo se ve ese tipo de liderazgo aterrizado en este día y tiempo, en nuestra cultura posmoderna? Permítanme hacer tres sugerencias sobre cómo, mínimamente se vería este liderazgo evangélico.

En primer lugar, los líderes *surgirían de la comunidad* en vez de imponerse o de ser impuestos. Serían elegidos porque comparten, encarnan ejemplifican y articulan la fe y esperanza y los compromisos del grupo. Varias veces desde que el mandato de la CDF (*Congregación para a Doctrina de la Fe*) fue impuesto sobre la LCWR, los obispos responsables han insistido en que no tienen ningún problema con las hermanas que aman y admiran: el problema son los dirigentes. Pero, a diferencia de los líderes clericales que son impuestos regularmente y sin consulta previa, sobre comunidades con las que no tienen relación alguna, sino por su lealtad a la persona designada por una autoridad superior en lugar de con la comunidad a la que son enviados, los líderes de las congregaciones son elegidos libremente por los miembros y precisamente porque *sí* representan las mejores esperanzas y compromisos de la comunidad. Los líderes de las comunidades religiosas son elegidos *de* la comunidad, *para* la comunidad y al término de su período de servicio no ascienden a un puesto más alto en una estructura de poder, sino que retoman su lugar *dentro* de la comunidad. Los líderes de las comunidades son y permanecen fundamentalmente iguales a sus hermanas o hermanos. No son llamados o facultados ni enviados a dominar o a enseñorearse sobre la comunidad, ni a tomar el primer lugar en la asamblea ni a vestirse de gala, ni a darse títulos honoríficos, ni a exigir muestras serviles de respeto, sino a ser siervos de todos, incluso hasta desviviéndose de varias maneras por aquellos a quienes sirven.

En segundo lugar, el líder de una comunidad evangélica, una comunidad con una misión a todo el mundo que Dios tanto amó, sería, que al igual de Jesús que preparó a sus discípulos para lo que se avecinaba, ejercería lo que Pat Farrell llamó en su reciente entrevista en la radio pública nacional “*liderazgo de anticipación.*” El liderazgo de anticipación no es sólo manejar crisis, ni atender la tienda, ni conservar el *estatus quo*, y ciertamente no es canalizar los absolutos abstractos desde el exterior. Es una promoción activa del discernimiento sobre lo que nos depara el futuro y cómo podemos prepararnos, como buenos administradores, para aprovechar las cosas viejas y las nuevas (ver Mt 13:52), para enfrentar los nuevos retos con las riquezas de la tradición evangélica, pero también con lo mejor de los recursos actuales y la reflexión comunitaria.

En tercer lugar, los líderes de una auténtica comunidad Cristiana deben ser capaces de conducir a esa comunidad no solo a hacer lo que se necesita en este mundo, sino a ser lo que este mundo necesita, no solo para actuar eficazmente, sino para vivir con integridad. No basta que los líderes no abusen ni dominen a los miembros de la comunidad, sino que como el Buen Pastor, no abandonen el rebaño cuando está en peligro (ver Jn 10:11-13); deben resistir y fortalecer a la comunidad para que resista todo lo que amenaza su integridad, ya sea que la amenaza provenga de dentro o de fuera, ya sea espiritual o social o eclesiástica. Encarnar, promover y sobre todo, dar testimonio de la libertad del Evangelio frente a los sistemas de dominación entrelazados, tanto seculares como religiosos, es la tarea principal de una comunidad cristiana, el Cuerpo de Cristo en el mundo. Durante los pasados seis meses nos hemos hecho muy conscientes de cuan urgente la Iglesia y hasta la gente fuera de los límites formales de la Iglesia se vuelve hacia las comunidades religiosas buscando liderazgo buscando un testimonio de integridad, un modelo vivo de lo que significa ser Iglesia en estos tiempos difíciles. Considerando lo que la vida religiosa es, no es sorprendente que esta forma de vida haya generado y siga desarrollando una forma de liderazgo evangélico que cada vez sale más a la luz pública como una alternativa genuina al liderazgo eclesial o secular definido como poder dominador. Esto para mi, y creo que para todos los habitantes de este país y del extranjero está en relación con LCWR. *Este tipo* de liderazgo de servicio en *este tipo* de comunidad evangélica es tan desconcertante para quienes hoy están en el poder como lo fue

Agosto 10, 2012

St. Louis, Missouri

el modo de liderazgo de Jesús para la jerarquía del Templo y el Imperio Romano de su tiempo. Quienes detentaban el poder sólo querían saber, bajo pena de muerte, si en verdad Jesús era rey, un rival peligroso que subvertía sus sistemas de dominación. Pero Jesús respondió, “*Ustedes* son los que están hablando de *poder*. Yo nací y vine al mundo para decir lo que es la *verdad*. Y todos los que pertenecen a la verdad, me escuchan” (cf. Jn. 18:37).

Ese es el testimonio que he admirado durante tanto tiempo, no sólo en el liderazgo de mi propia congregación, las hermanas Siervas del Inmaculado Corazón de María, que básicamente, es la verdadera merecedora de la distinción que hoy recibo, sino también el valiente y visionario liderazgo de quienes están reunidas en esta sala así como sus predecesoras. Gracias por este honor, pero sobre todo, gracias por su servicio y por el testimonio de todas nosotras, ustedes hermanas, y a la Iglesia y el mundo que servimos.

Sandra M. Schneiders, IHM
Escuela jesuita de teología
de la Universidad de Santa Clara
Berkeley, California